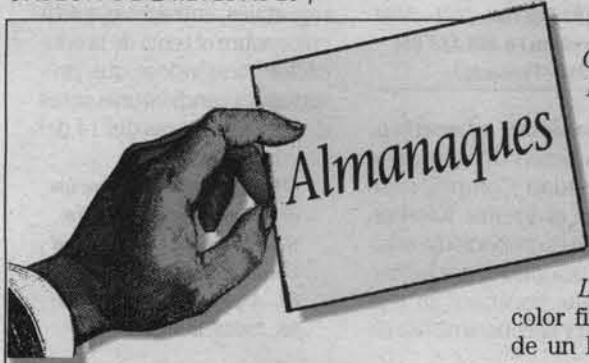




Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlf. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELEFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
Los nuevos tiempos mandaron a la trastera del olvido los llamados almanaques literarios, puestos en circulación los primeros días del año, publicaciones que en nada tienen que ver con los almanaques del camionero, con su chica explosiva cucándonos un ojo; ni con el de *La gallina ciega* de Goya, ni siquiera con el del atractivo paisaje bucólico de la vaca y el ababol.

«Para mí está vivo como en los días de mi infancia el encanto de los almanaques», escribió un día Gerardo Diego.

Populares fueron en su tiempo el *Almanaque Bugo*, el de *las Damas*, el de

Gil Blas y el llamado *Almanaque Real*, entre otros muchos tales los editados más tarde por distintos periódicos y revistas, como los de *La Esfera*, *ABC*, *Blanco y Negro* y un largo etcétera en el que prevalece siempre el recuerdo de algunos otros publicados por *La Verdad*, con ilustraciones a todo color firmadas por pintores de la vitola de un Pedro Flores y un Gil de Vicario.

Salvo raras y plausibles excepciones, los actuales almanaques, por llamarlos de algún modo, gordales suplementos insertados en el periódico, ganados todos por la publicidad, no se parecen en absoluto a los artísticos de ayer, ya museables. Quedan sin embargo, a trancas y barrancas, en los de hoy, pese a la inestabilidad y mudanza del mundo actual, el espíritu inabitable de todos los almanaques, es decir, la aceptación más o menos gustosa del paso de las estaciones o perennidad de los ciclos naturales. En

una palabra, las fórmulas eternas, lo inmutable.

II

Quiérase o no, por una vez, venciendo dogmas, criterios y verdades, un tanto equívocas a veces, del hombre del tiempo, triunfa la ciencia popular del refranero: «En enero se hiela el agua en el puchero».



III
Pusiéronse de acuerdo las dos amigas, frente a la tentación de las llamadas rebajas de enero. Al amanecer ya disfrutaban de un discreto puesto en la cola serpenteante frente al establecimiento que en sus liquidaciones el oro y el moro ofrecía.

Al mediodía, tras una demostración de lucha grecorromana con las pinillas que intentaban arrebatarles las mejores

piezas de la cacería, ambas amigas volvieron a sus respectivos domicilios, una con un zapato de menos y la otra con un moretón en el ozo izquierdo. Eso sí: triunfadoras con sus respectivas adquisiciones: dos docenas de paraguas, auténticas gangas sus precios, la una; la otra todo un completo surtido de variadas prendas de usar y tirar, acaso de tirar antes que usar algunas de las mismas, felices ambas amigas.

IV

Ver para creer. Rechazado por todos en el pueblo por intratable y hurón, a través del Internet pudo entablar más tarde cerradas conversaciones con medio mundo.

V

Pareja vestida por módica cantidad aprovechando los llamados *saldos de enero*.



VI

Creyoe ángel el gran avión todopoderoso. Batió las alas.

VII

Ambito imprevisto aquel en que un día pudimos escuchar el lenguaje del silencio.

VIII

A pesar de vanagloriarse de estar al día, de resultar una muchacha siglo XXI, se le advertía enseguida su condición de enamorada por la huella producida en sus ojos por ese sello cárdeno, romántico a todas luces, que son las ojeras.



El niño fue creciendo en centímetros, edad y sapiencia, enfermedades aparte, tantas que con el nombre de coleccionista de plepas fue bautizado pachangueramente. Menos mal que, paño de lágrimas siempre para todo cristiano aliquebrado, reinaba en su casona, entre cojines bordados por ella misma, ramos artificiales y santos de escayola, la curandera, generosa impartidora de su indiscutible arte de curar, como así vino a comprobarse en la total curación del niño, pálido él, tirando a verde oliva, librándolo del llamado mal de ojo, una vez; otra, del aliacán, y en incontables ocasiones, de peligrosas quebrancias, con promesa de exvoto.



El minicuento de urgencia

La curandera

Establecirose así como una afable confianza entre el niño y la curandera.

—Curandera, vamos a ver, el brillante con que se corona su bonito camafeo, que no sé cómo viniendo a salir bonito ha de llamarse camafeo, ¿tira a falsedad de Judas o genuino viene a salir?

—Culo de vaso a mucha honra, nene, pues mujer de buen conformar resulta servidora.

La buena suerte familiar llevó pronto al niño hasta la capital, donde andando el tiempo en hombre de provecho —expresión en la que tanto venían a incidir los mayores— vino a convertirse, personajillo de postín que, sin embargo, jamás olvidó a la curandera, en la certeza de que sin ella, pudriendo tierra hubiera estado él a la sazón.

Matrimoniando con dama de alta alcurnia, no impidió el hecho de que el hombre dejara de recordar más de una vez a la curandera.

—¿En qué piensas, amor?

—En que la semana próxima daré una vuelta por mi pueblo, por saludar a la curandera.

Triste coincidencia. Su llegada a la plaza coincidió con el entierro de la buena señora, la cual la noche anterior había pasado a mejor vida. Fue

enterado el hombre de la desgracia, ce por be: tras la cena, un simple pipiritaje inesperado acabó con ella.

—En un tris, oiga.

Acompañando a la difunta hasta el cementerio, una vez destapado el ataúd, pudo el hombre introducir en el índice de la mano derecha del cadáver aquel anillo con el que en vida proyectaba obsequiarla, en el que lucía, no culo de vaso, *falsedad de Judas*, sino verdadero brillante. Vuelto luego a la capital meditaría el hombre en lo innoble e injusto de la humana existencia, pues habiendo salvado la curandera con sus poderes, piadosamente, a tantos enfermos, un simple pipiritaje de tres al cuarto había bastado para cerrarle los ojos sin opción a abrirlos de nuevo hasta el día del Juicio Final.

Años más tarde supo el hombre que el puesto de la curandera había sido ocupado en el pueblo por un tal Joaquín, un *ats* de comprobada ciencia y mayor prestigio, totalmente ajeno a la parafernalia de flores artificiales, santos de serie y mariposas encendidas sobre una taza de aceite, plástica debilidad de la curandera, material más bien ineficaz frente a la comprobada funcionalidad de la actual medicina. Pero, claro, ya no era lo mismo.